



RECUERDOS DE INFANCIA EN EL CARMEL

Mi nombre es Carmen, tengo 73 años y desde los 10 vivo en Barcelona, concretamente en la calle Murtra. Nos trajo un hermano de mi madre, que tenía una casita en dicha calle, y allí nos instalamos. Era una casa sencilla, pero con bastante terreno, y para los niños era estupendo.

En el primer nivel había un pozo, ya que no había agua corriente. El agua era cristalina y buenísima, muy fresca. Delante de la casa, cerca de la puerta de entrada, debajo de una ventana, un almendro en flor alegraba la vista. ¡Qué bonita es la flor de este árbol! Siempre lo recuerdo.

En el segundo nivel, bajando unas escaleras, había una higuera muy grande y de frutos muy dulces. Los críos nos subíamos a ella y cada uno encontraba su acomodo en sus ramas.

En el otro nivel, otras escaleras, otra higuera y un laurel. Aquí terminaba el terreno de la casa. El desnivel era tremendo, pues lo que daba a la calle Sigüenza era como un barranco. Bajo este desnivel había una casa con bastante terreno y una balsa muy grande. El agua de la balsa salía de una gruta (debía de ser una mina). La balsa siempre estaba llena; el agua entraba y salía sin parar. Hoy, de mayor, me pregunto si el origen de la desgracia del derrumbe del metro no había tenido que ver con las corrientes de agua que deben de haber por debajo de estas tierras.

Todo esto lo escribo porque, cuando recibí la carta de la biblioteca para contar nuestras vivencias, me vinieron tantos recuerdos que, aunque a muchos pueda parecerles una tontería, no he podido evitar contarlos.

Para una niña de 10 años (mis tres hermanos eran más pequeños) era toda una aventura. Podía jugar en la calle, ya que no pasaban coches, puesto que era intransitable. Hasta Calderón de la Barca era un camino de carro, ya que, cuando llovía, el agua hacía unos canales por los que era imposible caminar. Pero en mi inconsciencia, era divertido. Fue después, de mayor, cuando me di cuenta de lo penoso que era para las madres vivir en aquellas circunstancias. No había autobuses. Para ir al mercado, que estaba en Horta, tenías que ir andando y hasta Vallcarca igual, o sea que los mayores lo tenían muy duro.

Al día siguiente de instalarnos, mi madre me mandó a comprar, creo que el pan (no lo recuerdo exactamente). ¡Qué ilusión! Iba a descubrir el barrio. Todo eran

casitas con huerto y jardín y, según supe después, todos tenían pozos. Me gustaron mucho.

Al llegar a la esquina con Ramón Rocafull, había unos chiquillos jugando. Yo me paré un momento y, como no era conocida, uno de ellos, rubio y con los ojos verdes, me dijo: “¿Quieres jugar, chavala?”. Le dije que iba a comprar, y que jugaría otro día. Los demás días, hasta que cumplí catorce años y fui a trabajar a casa de mi tío, mi vida era ir al colegio de Santa Teresa. La señorita María era una profesora muy justa. Sé que muchos dirán: “¡Qué cosas cuenta esta señora!”, pero es lo que viví.

De vez en cuando, pasaba un hombre con dos cubos llenos de sardinas (por cierto, ¡muy frescas!) y para nosotros, los críos, era una novedad. Todos se acercaban para ver cómo las pesaba; siempre ponía alguna de más, y los compradores, contentos. Otro día pasaba el trapero y nos veía correr para ver qué podíamos encontrar por casa para cambiar por un molinillo de colores que mueve el viento (¡santa inocencia!); le dábamos una zapatilla de goma que después, quizás, la madre buscaba y no encontraba nunca, o un trozo de plomo de alguna tubería que seguro que valía más, pero nosotros no teníamos ni idea de negocios.

Otro día pasaba otro hombre pidiendo pieles de conejo. Como mi madre criaba algunos para el arroz del domingo, se las daba o vendía (no lo sé). Algunas de ellas las curtieron y me hicieron una bufanda. ¡Qué bien me encontraba yo con aquella piel tan calentita!

En fin, cada día había alguna novedad para mí. Cuando volvía del colegio siempre nos entreteníamos un poco jugando. Recuerdo como los chicos se hacían unos patinetes con una tabla, dos cojinetes delante y dos detrás, una cuerda que servía de volante, y a lanzarse cuesta abajo por la parte baja de Llobregós. ¡No se mataban de milagro! Otras veces se hacían unos aros con una manecilla larga para guiarla, o jugaban a la peonza y a la tala, que consistía en un trozo de madera, con forma de lanzadera, al que le dábamos a un extremo con una pala, y corríamos por las bases (era muy americano).

A medida que iba creciendo, me daba cuenta de lo duro que era hacer cola para el racionamiento, ya que escaseaban muchas cosas. Cuando empecé a trabajar, entraba a las siete de la mañana, y tenía que ir andando hasta Gracia. Iba por Ramón Rocafull hasta Calderón de la Barca; allí te encontrabas a otras personas que también iban al trabajo, y ya estabas más acompañada. Bajaba la escalera de can Baró con las barracas a la derecha, en la ladera de la montaña. Por cierto, hice buena amistad con una chica que vivía en una de ellas. Era muy buena. ¿Qué habrá sido de Anita?

A las tres volvía a hacer el mismo camino, pero a la inversa. Llegaba a casa, comía y, por la tarde, a repaso con el Sr. Febrer, un buen maestro del colegio de los chicos, o a aprender a coser. Como ya éramos mayores, por la noche íbamos a la esquina entre las calles Llobregós y Ramón Rocafull, y nos sentábamos a contar aventuras o a las prendas. Era emocionante, pues cuando alguno de ellos se te acercaba al oído a decirte algo bonito, ¡qué

ilusión! También recuerdo las visitas al Cotelengo, para hacer compañía a los enfermos.

Para no alargar demasiado el relato os diré que, con el tiempo, aquel chiquillo que me invitó a jugar fue mi primer y único novio, y me casé con él a los 26 años.

También recuerdo que, en la calle Murtra, en el plano que va a lo que hoy es la Biblioteca, había una torre a la izquierda en la que hacían unas fiestas preciosas. Subíamos desde Llobregós por un camino de cabras, pues había unas rocas tremendas. Nos apoyábamos en la baranda para ver a las muchachas, ¡tan guapas con sus trajes largos!, y ellos, ¡tan varoniles y bien vestidos! Era como un cuento de hadas. Sólo el hecho de estar mirando ¡era tan bonito! Cuando me casé me marché del barrio. Tuve dos hijas preciosas y, cuando subíamos los domingos a ver a los padres, empecé a ver los cambios que se hacían, y no me gustaban demasiado, puesto que lo que yo recordaba de mi niñez desaparecía. Ya no estaban las casitas con sus huertos, todo eran pisos. Y los campos donde habíamos jugado desaparecían y no paraban de edificar, no demasiado bien, por cierto.

Pasó el tiempo y, por caminos que nos lleva el destino, volví al Carmel, a la esquina que tanto quise. Enviudé y, aunque estoy sola, estoy encantada, pues hoy en día tenemos muchas ventajas para los mayores. Tengo muy buenos vecinos, siempre dispuestos a ayudarme. O sea que, a pesar de los problemas de la vida cotidiana, soy feliz.

Éstas son, a muy grandes rasgos, las vivencias que yo tuve, y sólo siento que mis padres no hayan podido ver las mejoras que se han hecho en el barrio en cuanto a asistencias sociales, transportes y culturales.

Tan sols puc dir que estic encantada d'estar envoltada de bona gent. I demano o, més aviat, desitjo que les institucions vetllin pel nostre benestar i puguem gaudir d'una vellesa digna.

Gràcies. M'estimo el meu barri.

Una sòcia de la biblioteca, encantada de ser-ho.

Barcelona, 23 d'octubre de 2006
Carme
Biblioteca El Carmel